

## ÉTICA CABALLERESCA Y CORTESÍA EN LAS TRADUCCIONES ARTÚRICAS\*

José Ramón TRUJILLO MARTÍNEZ  
joseramon.trujillo@uam.es  
Universidad Autónoma de Madrid

El combate entre Bleoberís y Artur el Pequeño, el hijo bastardo del rey Artur –caps. 429-430 de la *Demanda del Santo Grial*<sup>1</sup>–, presenta un episodio estereotipado del combate entre caballeros que desconocen cada uno la identidad del otro<sup>2</sup>. Los textos artúricos muestran decenas de justas, duelos y otros combates individuales en el marco de torneos, significativos porque el resultado permite caracterizar a los personajes y ordenar su rango al comparar la bondad de sus armas<sup>3</sup>. El episodio mencionado se ajusta a la siguiente

---

\* Este trabajo se inscribe en el marco del proyecto de excelencia DHuMAR. Humanidades Digitales, Edad Media y Renacimiento. 1. Poesía 2. Traducción. FFI2013-44286-P (MINECO), y de las actividades del Instituto Universitario de Investigación «Miguel de Cervantes» de la Universidad de Alcalá.

<sup>1</sup> En adelante reservamos para las versiones castellanas los títulos *Demanda (La demanda del Sancto Grial: con los maravillosos fechos de Lançarote y de Galaz su hijo*, Juan de Villalquarán, Toledo, 1515; José Ramón Trujillo (ed.), Alcalá de Henares, UAH, 2017), *Baladro (El baladro del sabio Merlin con sus profecías*, Burgos, Juan de Burgos, 1498; M<sup>a</sup> Isabel Hernández (ed.), Oviedo, Trea, 1999), *Lanzarote* (ms. 9611 BNE; A. Contreras y H. L. Sharrer (eds.), Alcalá de Henares, CEC, 2006) y *Tristán (Tristán de Leonís*, Valladolid, Juan de Burgos, 1501; Luzdivina Cuesta (ed.), Alcalá de Henares, CEC, 1999). Citamos siempre que es posible a partir de las ediciones del Centro de Estudios Cervantinos (hoy Instituto Universitario de Investigación Miguel de Cervantes), mencionando los capítulos de los impresos entre corchetes para facilitar la localización de motivos extensos. Cuando no se indiquen otros títulos, nos referiremos a la *Demanda*. Empleamos los títulos *Lancelot*, *Queste* y *Mort Artu* para las versiones de la Vulgata francesa. Las citas concretas de textos franceses o portugueses se realizan a partir de las siguientes ediciones: *Lancelot*, A. Micha (ed.), París-Ginebra, Droz, I y II, 1978; II y IV, 1978-1979, *Queste del saint Graal*, A. Pauphilet (ed.), París, Champion, 1923 y *La mort le roi Arthur*, Jean Frappier (ed.), París-Ginebra, Droz, 1936; Carlos Alvar (trad.), Madrid, Alianza, 1987, 1986 y 1980, *A historia dos cavalleiros da mesa redonda e da demanda do santo Graal* (ms. 2594 Oesterreichische Nationalbibliothek, Viena; J. M. Piel y Freire Nunes (eds.), Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 1995).

<sup>2</sup> La confusión a la hora de reconocerse es una de las justificaciones habituales para que dos compañeros combatan: «E cuando Erec vio a Galván, no lo conoció por las armas que traía cambiadas, ca mucho las cambiava a menudo después que entró en la Demanda del Santo Grial» [153].

<sup>3</sup> Véase José Ramón Trujillo, «El espacio de la proeza y sus motivos narrativos. Justas y torneos en la materia artúrica hispánica», *Revista de poética medieval*, 26 (2012), pp. 325-356, y María Luzdivina Cuesta Torre, «Algunas notas acerca de la rivalidad en tres obras de la materia artúrica hispánica», en J. Paredes Núñez (ed.), *Medioevo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Granada, Universidad, 1995, t. II, pp. 117-130, donde se defiende el uso de los combates para marcar una prelación en cuanto a la bondad caballeresca de los combatientes. De la misma autora, «El episodio del combate singular: de la

secuencia: tras saludarse y conocer sus identidades, Artur acomete a Bleoberís y rompen lanzas hasta caer ambos heridos. La segunda fase es el combate con espadas. Durante un receso en él, argumentan sus razones para seguir o cesar el enfrentamiento:

E pues folgaron, dixo Bleoberís:

—Don Artur, vós me cometistes en balde e combatístesvos conmigo gran pieça, e aún no ganastes aí nada ni yo menos. E ruégovos, *por Dios e por cortesía*, que queráis dexar esta batalla. E yo vos dó por quito de cuanto yerro me avéis fecho.

Y él dixo que no lo faría fasta que el uno d'ellos fuesse muerto. E Bleoberís dixo:

—E si me matáis, ¿qué bien vos verná ende?, ca ya quien lo supieren tenervos han por perjurado e por desleal. E vós sabedes muy bien que nunca muerte vos merecí.

—Sí merecistes —dixo Artur— e dezirvos he cómo. Bien sabéis que tal es costumbre de los cavalleros andantes que si algún cavallero es traidor a su señor natural, e hombre lo ayudare contra aquel señor, sabéis que es traidor.

—Verdad es —dixo Bleoberís.

—Pues vós bien sabedes —dixo Artur— que vós ayudastes a don Lançarote, ca era traidor a su señor, ca él fue fallado con la reina Ginebra, e ayudásteslo en toda la guerra que començó. E pues no vos tenéis por traidor en ayudarlo contra vuestro señor, sabed que lo sois, e porque matastes ante la Joyosa Guarda el cavallero del mundo que yo más amava. E agora fallevos aquí e quiérovos ende dar el galardón.

—Cierto —dixo Bleoberís—, vós entendedes a mal consejo.

Artur el Pequeño, llevado del pecado de soberbia, exige una lucha a ultranza en la «batalla de las espadas». Sin embargo, Bleoberís —caballero del linaje rival de Ban, pero concamarada de la Tabla Redonda— desea abandonar el combate para no transgredir la costumbre de no combatir entre compañeros. Herido de muerte, Artur reconoce al fin que ha incurrido en pecado mortal. El episodio es muy notable por dos razones: en primer lugar, por mostrar nítidamente la consciencia de unas normas en materia militar, que pueden razonarse y que incluso pueden llegar a entrar en conflicto entre ellas al ser aplicadas; en segundo lugar, por la doble apelación de Bleoberís a la fe y a las normas cortesas —*por Dios e por cortesía*—, que remite al

---

novela artúrica francesa a los libros de caballerías españoles», en *Estudios de Literatura comparada: Norte y sur; la sátira; transferencia y recepción de géneros y formas textuales. Actas del XIII Simposio Internacional de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, León, SELGYC-Universidad de León, 2002, pp. 519-530. Para la pervivencia y variación del tema en los libros de caballería, José Julio Martín, «“Aquellos furibundos y terribles golpes”». La expresión del combate singular en los textos caballerescos», *Revista de Filología Española*, 86/2 (2006), pp. 293-314,

plano simbólico en que se desarrollan las aventuras de los caballeros artúricos.

La apelación doble vuelve a repetirse en otros episodios –ocho veces en el impreso castellano de la *Demanda* y una en el *Lanzarote*, pero ninguna en el *Baladro* o el *Tristán*– subrayando la doble dimensión en que los caballeros de la Tabla Redonda se encuentran inmersos: la jerarquización en la gracia espiritual y en la cortesana; en la perfección interna y en la social. Los caballeros se esfuerzan en alcanzar la máxima prez –o fama terrena–, pero una serie de episodios muestran los límites morales de la violencia y las artimañas que pueden emplearse a la hora de alcanzar esta fama, denominada en muchas ocasiones «nombradía» –la *bonne renommée* de los textos franceses– a través de la proeza o bondad de armas y de la interacción cortesana. Emplean la doble apelación varios capítulos destacados –en la *Demanda*, la elección equivocada del sendero siniestro por Melián [53], el combate entre Erec, hijo del rey Lac, con Galván, donde le solicitan que revele su nombre [153], la justa entre Erec e Iván de las Blancas Manos [166]; y en *Lanzarote*, cuando Boores pide visitar a Lanzarote, que sana milagrosamente de sus heridas [307]–, mientras que en otros episodios, en los que la fe se encuentra excluida –diez ocasiones en la *Demanda*, otras cinco en el *Baladro* y dos en el *Lanzarote*–, la fórmula apela exclusivamente a la cortesía. Así sucede en los casos destacados de la súplica de Dalides en el momento del suicidio («Mas ruégovos, por cortesía, que tanto que el alma se me salga del cuerpo que me levéis al Castillo Estraño e que lo sepa aquella a quien yo tanto amé, assí como sabedes» [68]) o cuando Galaz ruega a la doncella que abandone su lecho y sus intenciones lascivas («E ruégovos, por cortesía e por vuestra honra, que vos vades» [94]). De esta forma quedan diferenciadas claramente las dos esferas señaladas.

Este trabajo analiza la función de la cortesía dentro del entramado ideológico que muestran los textos, entendida como una moral normativa –denominada «costumbre»–, consistente en limitar las posibilidades de la violencia, al tiempo que se convierte en privilegiado motor narrativo, identificable a través de una serie de motivos tipificados en diferentes grados. El objetivo es definir y recoger la codificación de la cortesía caballeresca, enunciada de forma dispersa aunque coherente en los textos artúricos hispánicos. Debido a las limitaciones de espacio, se excluye el ámbito del amor cortés y se analizan solo las principales normas que regulan las acciones militares y el consejo al señor y el soberano, ejemplificándolas mediante algunos episodios muy destacados de la literatura artúrica hispánica, fundamentalmente en la *Demanda del Santo Grial*, debido a sus peculiaridades.

1. EL CÓDIGO CABALLERESCO Y SU *ETHOS*

Es lugar común que Ehrismann formuló por vez primera la existencia de un sistema moral profano caballeresco<sup>4</sup>. El medievalista alemán sostuvo que este se estructura en tres «zonas axiológicas» (*bonum, honestum, utile*) y que se funda en la división entre las virtudes cardinales (*honestum*) y los bienes (*utile*) del cuerpo y la fortuna, conceptos de carácter laico y no estrictamente cristianos, que provienen en última instancia de una adaptación de la filosofía ciceroniana. Varias décadas después, Curtius criticó acerbamente las tesis de Ehrismann por emplear premisas equivocadas y confusas, y por separar erróneamente filosofía moral y teología moral. En opinión de Curtius<sup>5</sup>:

El llamado sistema de virtudes caballeresco probablemente no fue tal sistema; contiene categorías ético-estéticas de tipo laico que en parte estaban ya constituidas mucho antes de que surgiera la caballería: la fidelidad del vasallo, la «alegría» u otras creaciones del amor cortesano, que en el sur de Francia existían ya hacia 1100. A esto hay que añadir el elogio de la *liberalitas (milte)* [...] El atractivo peculiar del *ethos* caballeresco consiste justamente en esa fluctuación entre muchos ideales, en parte emparentados y en parte contradictorios. En la posibilidad de esta libre oscilación, en la facultad de moverse dentro de un mundo de bienes rico y múltiple, había también, probablemente, un estímulo interno para los poetas cortesanos.

No es posible valorar aquí en profundidad el nacimiento y desarrollo de la moral laica caballeresca. En síntesis, Auerbach considera que en los *romans courtois* el *ethos* se aleja de la función y trasfondo histórico observable en la épica, para alcanzar valores de absoluto, de ideal de perfección en la autorrealización del caballero individual<sup>6</sup>. En este sentido es necesario apuntar, por un lado, que la cultura caballeresca, tanto artística como erudita, formuló una sublimación de la imagen de la caballería; por otro, que resulta improbable –también para la caballería islámica– una idea de perfección que no incluya la de trascendencia espiritual; finalmente, que la enorme heterogeneidad de los textos de diferentes épocas y lenguas occidentales que desarrollan la ética caballeresca vuelve imposible su reducción a una

<sup>4</sup> Gustav Erishmann, «Die Grundlagen des ritterlichen Tugendsystem», *Zeitschrift für deutsches Altertum und deutsche Literatur*, 56. Bd., 3/4. H. (1919), pp. 137-216 [en línea]. Enlace: <<http://www.jstor.org/stable/20657007>> [Consulta: 1/19/2016].

<sup>5</sup> Ernst R. Curtius, «El código moral caballeresco», en *Literatura europea y Edad Media latina*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1955, vol. II, pp. 724-752, esp. p. 747.

<sup>6</sup> Erich Auerbach, «La salida del caballero cortesano», en *Mimesis: La representación de la realidad en la literatura occidental*, México, Fondo de Cultura Económica, 1950, pp. 121-138; véanse en especial las pp. 129-133.

fórmula uniforme<sup>7</sup>. El propósito último de la literatura caballeresca consiste en retratar a la caballería feudal en términos míticos, enunciando sus ideales y costumbres para un auditorio cortesano que en ellos se reconoce y perfecciona<sup>8</sup>. La lectura detenida del corpus de textos artúricos –y por extensión de algunos libros de caballerías posteriores que los utilizan como referencia última– revela una preferencia por la aventura individual orientada como camino de perfección y de identidad personal jalonado de maravillas de diferente índole que lo ponen gradualmente a prueba<sup>9</sup>.

La narrativa caballeresca traza así desde el siglo XII<sup>10</sup> un código de honor anclado en una realidad social cambiante, en el desarrollo de una sociedad estamental y en la organización del sistema cortés. Los estamentos establecían una ordenación de los hombres, de manera que se repartieran las funciones y no se mezclaran. Dentro de la trifuncionalidad clásica –*oratores, bellatores, laboratores*– y en paralelo a un esfuerzo por limitar u orientar las prerrogativas del señor<sup>11</sup>, la nobleza acabó situándose por encima de los otros dos estamentos. Sin embargo, la pujante burguesía comenzó pronto a rivalizar con la nobleza y los Capetos ennoblecieron a hombres *sine nobilitas*, situándolos en funciones curiales. Todo ello impulsó a la postre a una mayor cerrazón ideológica sobre el concepto de linaje, omnipresente en los textos caballerescos<sup>12</sup>, conforme se desarrollaron las ciudades y el poder de los estados nacientes. La corte señorial constituye el núcleo en torno al cual se escenifica el poder nobiliario o real: el

<sup>7</sup> Erdmann, por ejemplo, en su trabajo clásico sobre la idea de Cruzada ya hizo hincapié en la enorme distancia entre la ética de la épica francesa, influenciada por la iglesia, y la cultura y el amor cortesanos. Carl Erdmann, *Die Entstehung des Kreuzzugsgedankens*, Stuttgart, W. Kohlhammer, 1935. Resina lo sintetiza así: «En el cantar de gesta el caballero que se pone en camino tiene una clara función y un lugar en un contexto histórico-político. Por el contrario, ninguno de los caballeros de la corte del rey Arturo tiene una misión política o histórica. [...] Al sustraer la sociedad caballeresca de los acontecimientos históricos, el libro de caballerías propone un sistema axiológico como vara de medir a la humanidad», Joan Resina, *La búsqueda del Grial*, Barcelona, Anthopos, 1988, pp. 39-40.

<sup>8</sup> Erich Auerbach, *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, op. cit., pp. 129-133. Para los códigos literarios bélicos, véanse además, Noel Fallows, *Jousting in Medieval and Renaissance Iberia*, Woodbridge-Rochester, Boydell Press y José Julio Martín Romero, *La guerra en la literatura castellana del siglo XV*, Londres, Queen Mary, University of London, 2015.

<sup>9</sup> Véase por otra parte lo que Fogelquist y Cacho Bleuca señalan sobre el sino individual de la aventura y la tensión con su sentido transpersonal, orientado a la imagen pública y la salvaguarda del cuerpo social. Juan Manuel Cacho Bleuca, *Amadís: heroísmo mítico cortesano*, Barcelona, Cupsa, 1979, pp. 133-150; James D. Fogelquist, *El Amadís y el género de la historia fingida*, Madrid, José Porrá Turanzas, 1982, p. 85.

<sup>10</sup> Strickland demuestra que antes del siglo XII no existieron unas leyes de la guerra que limitaran las consecuencias de la violencia empleada en ella. Por tanto, solo a partir de ese momento la literatura puede hacerse eco sublimado y normativo de ellas. Matthew Strickland, *War and Chivalry. The conduct and Perception of war in England and Normandy. 1066-1217*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1996.

<sup>11</sup> George Duby, *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Madrid, Taurus, 1978, pp. 390 y ss.

<sup>12</sup> Maurice Keen, *La caballería*, Barcelona, Ariel, 1986, pp. 196-197.

señor en el centro de sus vasallos, orando, impartiendo justicia, aconsejándose de sus nobles; la mujer, en las habitaciones femeninas, en sus labores de reproducción o como árbitro cortés sublimador de las pulsiones amorosas de los vasallos, a los que conduce a competir en proeza; los jóvenes, probando sus fuerzas en torneos y batallas, en busca de fama, dinero y favores<sup>13</sup>. En un proceso que se extiende a lo largo de varios siglos, la caballería dejó de ser un cuerpo militar profesional para convertirse en un estamento consciente de sí propio, en un sistema en el que convergen a finales de la Edad Media las ideas y aspiraciones ahora entremezcladas de la caballería y la nobleza. La iglesia –y en especial el movimiento cisterciense–, desconfiada de la violencia secular, intentó reconducir esta hacia una *militia dei*, modulando e influyendo cuanto pudo en el desarrollo de sus usos<sup>14</sup>:

Desde el siglo XI al XV, la caballería elabora bajo diversas influencias un código de conducta al que se puede dar el nombre de «ética caballeresca». Sus principales componentes son, como era de esperar, guerreros, incluso si poco a poco se mezclan en ellos rasgos procedentes de la moral eclesiástica y de la ideología aristocrática [*sic*]. Bajo su influencia se constituye poco a poco lo que terminará siendo el derecho de las armas. Este código ha contribuido a humanizar un poco la concepción de la guerra en Occidente hasta una época reciente<sup>15</sup>.

Aun de forma movедiza y paulatina, sin llegar a articular un sistema, los diferentes usos marciales se concretaron históricamente en un conjunto de normas regulatorias del empleo de las armas y de la interacción social, introduciendo y adecuando elementos de la *fin'amors* y de una religiosidad renovada. El sistema normativo y los objetivos de la caballería histórica se enunciaron en piezas didácticas como el *Llibre de l'orde de cavalleria* de Lluç. El estamento «se apropió de la ética que se le venía proponiendo desde hacía más de un siglo, creando su código moral propio»<sup>16</sup>, de límites no siempre definidos para los ámbitos profesional y cortesano, mientras que decidía de forma autónoma qué miembros se incorporaban mediante la ceremonia de armar caballero. Según Flori,

<sup>13</sup> Para el concepto de jóvenes como grupo social relacionado con la errancia, véase George Duby, «Au siècle: les jeunes dans la société aristocratique», *Annales E.S.C.* (1964), pp. 835-846.

<sup>14</sup> Tomás de Aquino o Gilberto de Brugges, entre otros, condenaron enérgicamente la rapiña y el homicidio que cometía la caballería en pos de la vanagloria. Véase Keen, *op. cit.*, p. 202 y Sidney Painter, *French Chivalry, chivalric ideas and practices in Medieval France*, Baltimore, Maryland, John Hopkins University Press, 1940, pp. 136-138.

<sup>15</sup> Jean Flori, «Leyes de la guerra y código caballeresco», en *Caballeros y caballería en la Edad Media*, Barcelona, Paidós, 2001, pp. 153-176, esp. p. 153.

<sup>16</sup> Jean Flori, «La notion de chevalerie dans les chansons de geste du XII<sup>e</sup> siècle. Étude historique de vocabulaire», *Le Moyen Âge*, 81/2 (1975), pp. 211-244; y 3/4, pp. 407-444.

Estas [personas] forman una especie de corporación, de confraternidad de armas, cuyos miembros se conocen y se codean en las cortes, en los torneos y en los combates. Hay que hacer que esta profesión sea rentable, honorable, soportable, ya que no agradable. Las costumbres tienden a esto. Codifican poco a poco el ejercicio de la profesión, alejan de ella lo que va contra sus intereses y su reputación. Así, la costumbre se transforma poco a poco en código deontológico cuya función principal es la defensa de los intereses profundos de los miembros de la corporación y, como alicientes morales la búsqueda de la fama y el sentido de la gloria y del honor. La caballería de élite, la caballería pesada se está transformando en caballería. Ésta asume una función, se atribuye una misión y se dota de una ideología<sup>17</sup>.

La Tabla Redonda es la sugestión literaria más nítida e influyente de esta colegiación, en que todos los miembros son pares, incluido el rey, y acatan una regulación común. Desde su origen, la materia artúrica enuncia el nacimiento y desarrollo de este pensamiento funcional cortés: Chrétien expresó en el *Li contes del Graal* la superioridad que Dios otorga a la caballería sobre los demás estamentos<sup>18</sup>. La Dama del Lago, una figura femenina y feérica, revela a un joven Lancelot el significado último de la caballería: Dios creó a los hombres iguales, pero la violencia se sobrepuso a la equidad y, como consecuencia, hubo de establecerse entre los hombres la caballería para acabar con el caos. El caballero así idealizado se convierte en un pacificador que imparte justicia. En palabras de Jean de Meung, cuida al pueblo como a un caballo, mientras que a cambio este debe portarlo.

El uso de la fuerza es el origen y la principal función de la caballería, pero, como señala Cacho Bleuca para el neoartúrico *Amadís*<sup>19</sup>, las cualidades requeridas al caballero no son exclusivamente las atléticas y marciales, sino que atañen profundamente a las formas externas en que estas se desarrollan, especialmente en cuanto a las maneras sociales y al derecho, lo que lleva a etiquetar al caballero como «ardido», «osado», «gran feridor», pero, al mismo tiempo, como «mesurado», «leal», «discreto» o «de buen consejo». Si hemos distinguido una dimensión –o anhelo de virtud– espiritual que se expresa en diferentes formas de piedad, incluida la castidad o la oración, de otra cortesana, esta última atañe tanto a las formas de la sociabilidad –la interacción de hombres y mujeres, de señores y vasallos–, como de forma determinante a la medida y la discreción

<sup>17</sup> Flori, *op. cit.*, 2001, p. 175.

<sup>18</sup> Gornemans de Goort enseña las reglas de la caballería a Perceval (vv. 1305-1698) y, al ordenarlo, lo instruye así: «et dist que donec li a / le plus haute ordene avec l'espee / que Diex ait fait et comandee: c'est l'ordre de chevalerie, qui doit estre sanz vilonnie» (vv. 1634-1638). Chrétien de Troyes, *Li contes del Graal*, Martí de Riquer (ed.), Barcelona, Sirmio, 1989, p. 168.

<sup>19</sup> José Manuel Cacho Bleuca, *Amadís; heroísmo mítico cortesano*, *op. cit.*, 1979. Fernando Gómez Redondo, *Historia de la prosa medieval castellana*, vol. II, *El desarrollo de los géneros. La ficción caballeresca*, Madrid, Cátedra, 1999.

que limitan el fundamental desempeño de las armas y evita consecuencias indeseables.

Las literaturas hispánicas reciben de la caballerescas francesa una expresión didáctica de la práctica bélica, especialmente a partir de la introducción de los *romans* de las diferentes materias. En las traducciones hispánicas de los grandes ciclos artúricos en prosa, encontramos la evidencia de este código ideal evolucionado, focalizado en las dos funciones básicas de la nobleza: la impartición de justicia y el combate. Junto a la proeza, la lealtad y la largueza, característicos de la caballería, encontramos la formulación de otros valores esenciales, estos de carácter aspiracional, que rigen y limitan a los primeros: el linaje y la cortesía. Por una parte, los derechos de sangre otorgan la pertenencia a un grupo social y posibilitan los beneficios y privilegios del señor natural sobre gentes y tierras, sin otra razón que la cuna. La noción de linaje, sin embargo, no se refiere únicamente al nacimiento como elemento determinante de la pertenencia a una casta; es, ante todo, el anclaje del individuo a un sistema de valores y de privilegios basados en el éxito de sus antecesores y, en correspondencia, en su mantenimiento por las generaciones siguientes. El linaje los lleva a heredar enemigos y haciendas, pero justifica además las acciones de los hombres, que aspiran a estar a la altura de su legado. Marca el carácter y bondad de armas de los individuos<sup>20</sup>, pero estos a su vez deben honrar con esfuerzo al grupo humano en que se encuentran insertos y los impulsa.

Por otra parte, frente a la virtud de la sangre, expresada en la herencia y las lealtades familiares, y basada en la dignidad tradicional, se alza con el paso del tiempo una virtud individual construida sobre la búsqueda y superación de las aventuras, sobre la manifestación de la medida, impulsada por la literatura caballerescas. El príncipe (o la dama en el estatuto cortés del amor) elige y ensalza a los caballeros por su esfuerzo y alcance individual, cuya muestra suprema es la proeza, concretada especialmente en los hechos de armas. La acción individual ennoblece y da renombre al caballero; pero, para que la proeza sea considerada virtuosa, para que realmente sea premiada con la fama, debe realizarse dentro de unas normas. Fruto del complejo entramado ideológico que históricamente busca encauzar la acción de los hombres de armas en una conducta legítima y evitar la violencia brutal (masacres, saqueos, devastaciones, extorsiones y asesinatos), una serie de reglas empuja –pero también limita– a la hora de realizar acciones consideradas netamente caballerescas. La cortesía regula el consejo al soberano y la interacción amorosa, pero

---

<sup>20</sup> A lo largo de los textos artúricos, es posible entresacar numerosas secuencias en las que el linaje anticipa la virtud y acciones de un caballero, hasta el punto de poder vaticinar el futuro. Veamos su enunciación en un ejemplo: «e aquel meterá todo el reino de Londres en su señorío, e muchos otros reinos. E aquel rey verná del linaje del rey Van, e parecerá de linaje de cavallero a esse linaje» [287].

especialmente el combate, el acceso al estado y las acciones bélicas, características de la profesión de los *bellatores*; por ejemplo, como vimos en el episodio de Artur el Pequeño, un caballero no debe combatir con un camarada a pesar de la rivalidad que exista entre ellos o sus linajes; o, como veremos en el siguiente apartado, un caballero cortés no debe tomar venganza sobre un caballero renombrado<sup>21</sup> ni meter mano sobre compañeros o soberanos. Los caballeros deben guardar homenaje y, en este sentido, un caso especial se manifiesta en la prosternación de todos ante el caballero santo en la *Demanda del Santo Grial*<sup>22</sup>. La ética caballeresca se idealiza en los textos literarios, marcados por la búsqueda de la perfección individual, especialmente en los textos artúricos, desarrollándose en dos planos: la enunciación de normas concretas, ejemplificadas al hilo de la acción, y el desarrollo de motivos que impulsan la narración en forma de núcleos compositivos. A continuación nos detendremos en el contexto y en el establecimiento de estos motivos en algunos episodios.

## 2. DE LA PROEZA A LA NOMBRADÍA

Debido a la necesidad de alcanzar la virtud terrena, el caballero andante debe probarse incesantemente en las justas y maravillas que la providencia depara, por lo que marcha constantemente en su busca<sup>23</sup>. La fama –denominada «nombradía», «caballería», «honra» o «pro», según las obras– deriva de esta virtud y puede venir anticipada por el linaje o la investidura honrosa, aunque debe ganarse o confirmarse finalmente mediante las acciones esforzadas individuales. Los caballeros jóvenes deben realizar proezas no solo para honrar su linaje, sino también para alzarse en la estima de su orden<sup>24</sup>. La fama de los mejores, estimula la emulación en los caballeros noveles, ya desde el orgullo colectivo del linaje, ya desde el ejemplo individual de quien los arma caballeros: «E pues que Dios quiso que tan gran honra recibiesse de mano del mejor cavallero que nunca traxo armas, yo prometo a Dios que jamás no folgaré fasta que yo sepa si pareceré en cavallería a vós» [306]. La valoración de los caballeros y de sus armas se reflejan en la estima social adquirida: los compañeros –la sociedad cortesana– conservan una memoria oral de las acciones

<sup>21</sup> E yo quisiera vengar la muerte de mi padre, e avía ende gran sabor quando aquí lo ví, mas agora el gran bien que dizen deste rey Artur me quitó ende la voluntad, e por ende lo quiero aún dexar bivar. E porque sepan la gran bondad e la gran cortesía que yo contra él fago, le quiero tomar su espada e dexalle esta que yo traigo que fue de mi padre [314].

<sup>22</sup> E Artur fincó los hinojos ante él, e besole el pie. Y el rey recibió a los otros cavalleros muy honradamente [250].

<sup>23</sup> Así preguntan Heláin y Éstor a un infanzón: «Señor, ¿en esta tierra ay aventura o maravilla alguna do cavalleros se vayan provar?» [125].

<sup>24</sup> Así justifica Artur el Pequeño sus primeros hechos de armas:

«—Por buena fe, señor, vós no me devedes reptar si yo ando acometiendo a vós e a los buenos cavalleros, ca yo só moço e só cavallero novel, y he menester de ganar prez e honra» [239].

elevadas en sus conversaciones, lo que permite el recuento del escalafón. Pero además se expresa, de manera perdurable, mediante la memoria de sus gestas en los sepulcros y la escritura<sup>25</sup>. Dios elige a aquellos que se esfuerzan con valor, aunque provengan de un pequeño estamento, dice Godofredo<sup>26</sup>. Las proezas proporcionan prez, pero además aportan riqueza, como se aprecia en el capítulo 254 —«yo lo vi oy en este día desbaratar a él e a toda su compañía. E sabed que los del rey Artur, que ganaron gran honra e gran riqueza»— y, en el caso más extremo, elevan incluso a la dignidad real: «Y el rey Canán no fue de linaje de reyes, mas de pobres cavalleros. Pero tanto hizo por su proeza, que fue rey de muy gran tierra, e muy rica, que avía muchas gentes que mortalmente lo desamaban» [130].

Como es notorio, el camino de perfección mediante jalones del caballero andante tiene su correlato en la estructuración episódica de la narración, que permite entrecruzar las líneas de unos y otros en forma de novela río, hallando su clímax en el bosque de aventuras y combates formado por el final del ciclo en prosa: la *Demanda* y la *Muerte de Artur*. La proeza militar individual se revela sobre todo en forma de justas y torneos, frecuentísimas en el *Tristan en prose*, en el *Lancelot* y la *Mort Artu* de la Vulgata, en la cual el 26% del texto se ocupa en estos combates<sup>27</sup>. También la *Demanda* castellana, un *roman* dominado por la acción militar, más que por la faceta maravillosa o amorosa de otras versiones, les dedica muchas páginas, muy

<sup>25</sup> Véanse estos dos ejemplos señeros:

«E después tomó a su compañero e hizolo soterrar lo más honradamente que pudo, e fizo hazer sobre la tumba unas letras que dezian cómo le matara el rey Mares a traición» [249].

«e fizolos el rey soterrar mucho honradamente cada uno según lo merescía, e a Güereches y a Agravaín fizoles fazer tan ricos monumentos e tan fermosos como a hijos de rey conviene» [408].

Véase Contreras Martín, Antonio, «Las tumbas en la *Demanda del Santo Grial* castellana», en J. Cañas Murillo, F. J. Grande Quejido, J. Roso Díaz (eds.), *Medievalismo en Extremadura. Estudios sobre Literatura y Cultura Hispánicas de la Edad Media*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2009, CD, pp. 1027-1036. Sobre casos históricos, véase Francesca Español Bertrán, «El “córner les armes”: un aparte caballeresco en las exequias medievales hispanas», *Anuario de estudios medievales*, 37, 2 (2007), pp. 867-905.

<sup>26</sup> Keen, *op. cit.*, p. 211.

<sup>27</sup> Claude Lachet, «Mais où sont les tournois d'antan? La fin des joutes dans *La mort le roi Arthur*», en Jean Dufournet (ed.), *La mort du roi Arthur ou le crépuscule de la chevalerie*, París, Champion, 1994, pp. 133-155. Es posible ver una recopilación de escenas en J. M.<sup>a</sup> Viña Liste, «Escenas de violencia física en las letras medievales españolas», en R. Álvarez y D. Villedra (eds.), *Cinguidos por unha arela común*, Santiago de Compostela, Univ. de Santiago, 1999, pp. 1613-1630.

Sobre las relaciones entre historia y literatura, véase L. D. Benson, «The tournament in the Romances of Chrétien de Troyes and *L'Histoire de Guillaume le Maréchal*», en Larry D. Benson y John Leyerle (eds.), *Chivalric literature: essays on relations between literature & life in the later Middle Ages*, (Studies in medieval culture, 14), Kalamazoo, Medieval Institute Publications, 1980, pp. 1-24. En el caso de obras historiográficas, los combates tienen también un lugar central. Como señala Meyer, en *Guillermo el Mariscal*, las descripciones de torneos y listas de caballeros «occupent un bon quart du poème», lo que muestra su importancia para el estamento caballeresco y en su reflejo literario. Paul Meyer, «*L'Histoire de Guillaume le Maréchal*», *Romania*, 11 (1882), pp. 22-75.

por encima de las que escenifican batallas campales. Los parlamentos de los caballeros, justificando sus acciones en el concepto «aver derecho», reflejan ese código de conducta que la cultura caballeresca ha ido precisando entre los siglos XII y XIII. Los *romans* lo formulan sublimado, como parte del imaginario colectivo aristocrático, adoptando en ocasiones el tono de reproche o el castigo con una intención claramente formativa en el arte del combate. En lugar de detener la acción y enumerar ordenadamente las reglas caballerescas en forma de regimiento de príncipes –como en algunos textos coetáneos o algo posteriores de carácter marcadamente didáctico–, la literatura artúrica opta por introducirlas al hilo de una situación narrativa, lo que permite en su primera recepción hispánica en forma de manuscrito, en torno a 1280-1313, una forma de adoctrinamiento del público caballeresco basada en la variación de los *exempla*, pero además justifica literariamente un mundo caballeresco de ficción, un episodio o una acción ante un público lejano en el tiempo, como lo será el de la recepción renacentista cuando vea la luz en su forma impresa.

En los encuentros y duelos basados en la carga de choque individual, los caballeros de la Tabla Redonda miden armas, regidos estereotipadamente por unas reglas deportivas. Dos caballeros tras intercambiar desafíos, se acometen a caballo a toda velocidad; las lanzas suelen quebrarse y los caballeros caen derribados al suelo, de forma similar a lo que sucedía en el *Cid*<sup>28</sup>. La justa suele continuarse a pie con varios desenlaces posibles, entre los que destacan las persecuciones y venganzas desencadenadas por el orgullo, pecado mortal contrario a la humildad. Incluso los torneos y batallas se formulan como combates individuales sucesivos. Sin embargo, los choques con lanza y las acciones militares fueron en la realidad una actividad de entrenamiento en equipo para la guerra, en la cual los guerreros combatían en mesnada. En el caso de los torneos –o «combate gálico»– el encuentro tiene pleno carácter deportivo reservado a la caballería de elite, que acude al combate *en mêlée* con sus colores y servidumbre. Históricamente, Ricardo I y Enrique I desarrollaron reglas específicas para evitar el derramamiento de sangre noble y el acceso de burgueses enriquecidos que rivalizaran en privilegios con la nobleza. Por el contrario, el interés de los *romans* por la descripción del combate individual y el énfasis en la alegría teatral y espectacular del torneo son máximos<sup>29</sup>. Incluso las descripciones de

<sup>28</sup> «Con el dio una tuerta, de la siella lo encamo / al tirar de la lança en tierra lo echo», *Cid* vv. 3685-86. Véase Pablo Justel, «La carga de choque en la épica francesa y castellana», *Revista de poética medieval*, 25 (2011), pp. 175-198.

<sup>29</sup> En la recepción de las aventuras cuyo motor es la envidia, el orgullo, la intriga o los consejos de nobles en los textos de la post-Vulgata, sería admisible detectar un eco del momento histórico que en época de María de Molina se vivía en la Península. Con todo, la espectacularidad plástica, las normas de combate convertidas en reglas de juego, las acciones y ropajes artúricos se imitarán y desarrollarán con posterioridad en la realidad caballeresca de la baja Edad Media y el Renacimiento como parte del juego espectacular al tiempo del desarrollo

batallas campales, con miles de campales de los textos, en acción, prefieren centrarse en este tipo de justa individual, que es el motivo codificado esencial sobre el que se basa la caracterización moral de los personajes y su lugar en la doble jerarquía cortesana y espiritual que hemos descrito.

La Tabla Redonda es una cofradía de compañeros de armas que rige voluntariamente su actividad mediante una moral codificada mediante reglas precisas, conocidas y respetadas por todos los caballeros, pero que se desgranán de forma intermitente ante el lector al hilo de los acontecimientos. Su seguimiento o su violación revelan, desde el interior del mundo artúrico, la valoración social de la honra del individuo, así como el progreso dentro de una estricta jerarquía caballeresca, encabezada por Galaz, Lanzarote, Tristán y Palomades, mientras que Galván y sus hermanos ejemplifican la descortesía y la deslealtad. Para un caballero de la Tabla Redonda, se considera una aventura irrechazable justar con cuantos caballeros encuentre en su errancia, de manera que gane o mantenga su fama mediante los hechos de armas que pueda alcanzar<sup>30</sup>. El empleo de las armas tiene el doble fin de perfección individual, a través de aventuras y maravillas, y de mantenimiento del orden social. En esta dimensión entran los conocidos mandamientos de distinta naturaleza de socorro y servicio al señor, defensa del honor y los bienes del linaje, y defensa de los que no pueden valerse y son causa de injusticia, como viudas, huérfanos<sup>31</sup>, o damas y caballeros desvalidos. La finalidad última del empleo de las armas es deshacer entuertos y restaurar el orden del mundo; sin embargo, los combates surgen habitualmente de forma espontánea, lúdica o por rivalidad en todo tipo de encuentros. La mayor parte de la *Demanda* en su forma de impreso quinientista consiste precisamente en la narración de episodios en que los caballeros justan por diferentes razones, de forma que a consecuencia de ello la caballería se escalona jerárquicamente según se suceden los

---

de un sentimiento de nostalgia. Véase Johan Huizinga, *El otoño de la Edad Media*, Madrid, Alianza, 1978, pp. 119-152; Curtius, *op. cit.*, pp. 724-752; Keen, «Espectáculos, torneos y votos solemnes», en *op. cit.*, pp. 265-288.

<sup>30</sup> Véase para la aventura y los modelos heroicos en el *Tristán*, Luzdivina Cuesta, «La aventura caballeresca», en *Aventuras amorosas y caballerescas en las novelas de Tristán*, León, Universidad de León, 1994, pp. 161-203.

<sup>31</sup> A imagen del Señor en el Deuteronomio 10:18, y en los Salmos 68:5, 82:3 y 146:9. La Biblia exigía no abusar de viudas ni huérfanos, ni entrar en sus tierras o mover los lindes de estas: Éxodo 22:22-24 y Proverbios 23:10-11. Un ejemplo lo tenemos en la actuación de Galaz: «E de los cavalleros andantes es tal costumbre, e bien lo devenes vós saber, que deven poner consejo a los tuertos de las biudas, e dueñas e donzellas, e si alguno les faze algún tuerto, los cavalleros andantes dévense trabajar de fazerles derecho si pudieren» [293]. Puede verse un repaso de normas artúricas en María Aurora García Ruiz, «Aproximación a los comportamientos caballerescos artúricos», *e-Spania*, 16 (2013). [En línea]. Enlace: <<http://e-spania.revues.org/22674>> [Consulta: 22/09/2016] y neoartúricas en Mónica Nedelcu, *Las virtudes caballerescas en el Amadís de Gaula*, Madrid, UAM, 1984; reformulado en «La ambigüedad del código caballeresco en el *Amadís*», *Revista de Ciencias de la Información*, 4 (1987), pp. 211-232.

diferentes enfrentamientos<sup>32</sup>. Desde el punto de vista narratológico, el empleo de la violencia sin limitaciones morales provoca nuevas líneas de acción, especialmente cuando la venganza encadena persecuciones y nuevas justas. Solo la cortesía es capaz de contener –y no siempre– el deseo de proeza o de venganza que generan estos choques de violencia extrema, gracias a la codificación de sus límites.

En la literatura artúrica, los torneos y justas se desarrollan esencialmente en campo abierto; en muchas ocasiones sin testigos, salvo cuando otro caballero o doncella transitan por el lugar. La violencia permite a los caballeros vencer en el campo, pero la fuerza nunca resulta suficiente para convertir en proeza una acción guerrera. Es la cortesía en el combate la que define la verdadera nobleza y valor de cada personaje. La apelación «por cortesía» invoca los usos preestablecidos, una codificación conocida aunque no siempre respetada, en la esgrima de las armas. Son los matices de la actuación personal, las palabras empleadas en los discursos, las acciones fuera del código cortés lo que interesa a los autores y lectores: explorar mediante el ejemplo el abanico de posibilidades y variantes. La mencionada expresión «por Dios y por cortesía» propia de la *Demanda* representa la doble invocación religiosa a la piedad y a la moral caballeresca, reforzando el valor de la costumbre con la piedad cristiana.

La desmesura por orgullo es uno de los peligros mayores para la caballería terrestre, que en los *romans* vaga a la aventura en busca de nombradía, como se observa en el combate entre Blioberís y Artur arriba descrito. Sin embargo, la actitud de Galaz –cuya virtud corresponde plenamente al ámbito religioso– matiza o contradice esta norma cortés: por ejemplo, huye de la escena tras hacer grandes proezas en la batalla de Camaloc [251] y en el episodio del Torneo maravilloso, renunciando a la fama terrenal, ya que busca exclusivamente la gracia divina y su premio pertenece a la esfera espiritual. Con respecto al resto de textos de los ciclos en prosa, la búsqueda del Grial antepone los conceptos bernardinos de piedad, castidad y humildad en el servicio a Dios. Fruto de esta especificidad, la mayor honra solo se alcanza con abandono de las armas y la consagración al servicio de Dios mediante la oración<sup>33</sup>. La contraposición de Galaz –símbolo del «hombre nuevo» en busca de una virtud espiritual– con el resto de caballeros resulta esclarecedora de la dimensión religiosa de su búsqueda. No se mezcla en enfrentamientos entre linajes –hasta el punto de abandonar las armas de su familia por la cruz–, rechaza las aventuras que lo alejarían de su camino y solo se desvía para ayudar

<sup>32</sup> Para el estudio en profundidad de la proeza como motivo literario, véase José Ramón Trujillo, *art. cit.*, pp. 325-356. También, Emmanuèle Baumgartner, *Le 'Tristan en prose': Essai d'interprétation d'un roman médiéval*, Ginebra, Droz, 1975, pp. 274-275. Para el motivo del combate y su estructura en el *Tristán*, véase Cuesta, *op. cit.*, pp. 186 y 200-201.

<sup>33</sup> «e yo veo que dexastes vuestra honra e la gran cavallería e los bienes en que érades por servir a Dios» [451]

a su señor, el rey Artur, en la batalla de Camaloc, en la que combate de manera individual. Sus actos, presididos por la castidad, la piedad y el esfuerzo humilde, suponen una *virtus* incardinada en el ámbito religioso, que evidencia la «malicia» de las armas terrenales y deslegítima la violencia improductiva del resto de caballeros.

Resumimos a continuación las principales normas del encuentro armado en el reino de Londres desgranadas en los textos artúricos, incluyendo algunos ejemplos:

1. Proeza. El caballero andante debe responder a todos los retos y aventuras, y batallar o pasar por cobarde; la renuncia conduce al deshonor y al desprecio social. Así, debe combatir incluso en caso de duda, que se expresa como reflexión consciente sobre la jerarquía entre las normas que componen el código: «no supo qué se hiziese, que si dexasse la batalla serle ía desonra. E metió mano a la espada» [164]. Con todo, la prez se alcanza mediante la violencia legitimada, al poner la espada al servicio del restablecimiento del orden y de los débiles: ejemplos por excelencia son la defensa de los débiles, especialmente de viudas y huérfanos, como en el motivo de la hermana desheredada del conde Bedaín [293-305], o combatir con la parte en desventaja, como sucede en el episodio del Torneo maravilloso [373].
2. Andadura. Un caballero debe errar en busca de aventuras<sup>34</sup> desde su ordenación, perdurar en obtener la demanda que la Providencia le ofrece y no desear las que reserva a los otros. El ansia por obtener honra por encima de los demás o el mal reparto de aventuras pueden conducir al conflicto, al reproche y al combate para decidir quién se alza con ella<sup>35</sup>. Aunque el reconocimiento terreno es social, en su búsqueda deben caminar sin compañía hasta alcanzar en soledad la aventura para la que están predestinados, por lo que constantemente deben separarse de los demás. Un ejemplo de lo más señero lo ofrece el encuentro de un grupo de caballeros con un cruce de caminos, que automáticamente deben repartirse: «—Agora nos conviene que nos partamos, pues que tres carreras fallamos partidas, e nós somos tres cavalleros» [125]. La persecución en soledad hace visible la predestinación de las aventuras individuales.
3. El combate debe ser proporcionado en todo momento y, además, desarrollarse dentro de las normas de cortesía. Por ejemplo, tras

<sup>34</sup> Existen diversos trasfondos históricos para la errancia de los caballeros, desde la guerra mercenaria al bandolerismo, diferentes de la idealización literaria. Véase Keen, *op. cit.*, p. 298 y ss.

<sup>35</sup> «E aquella demanda que començastes no avedes dado cima, ni ganastes y por do ayades honra, ¿por qué començastes otra demanda? ¿No es esta gran sandiez?» [328]

«E vós, don Palomades, devéis aver la honra y el prez desta aventura, e nós ser testigos dello.» [358]

haber derribado a un antagonista con la lanza, si el combate prosigue con la «batalla de las espadas», ambos contendientes deben luchar a pie en igualdad de condiciones. En general, la violencia debe ser legítima y mesurada para evitar venganzas, aunque la muerte del adversario es una consecuencia admitida en los combates «a ultranza». Galaz, a pesar de ser el caballero imbatible, no accede a la provocación espuria ni a la violencia gratuita. En ocasiones deja al adversario caído con vida, pues considera una villanía llevar al extremo la violencia, como sucede con Dalides [67]; en otras ocasiones se somete, movido por la humildad cisterciense, al escarnio de los sobrinos de Artur y del escudero por no combatir: «Mas sabed que Galaz fue aí muy poco honrado, e malservido, e no uvo aí tal que no lo despreciasse e que no pensassen que dexara la justa por cobardía» [251].

4. La justa es siempre individual: varios caballeros no pueden acometer a uno solo, lo que se considera una gran deslealtad. Galván incurre en ella, así como otros caballeros de menor renombre, que odian el linaje de Ban. La única salvedad se produce cuando un caballero porta dos espadas, motivo por el cual dos caballeros pueden combatirlo a la vez. Así se enuncia el motivo: «E quando Quea le vio dos espadas, maravillose, ca en aquel tiempo no era costumbre en el reino de Londres de ningún cavallero traer dos espadas, si no fuesse por promessa o por jura que fizesse. E si alguno fuesse osado de traer dos espadas, por costumbre no podía recelar de dos cavalleros que lo llamassen a batalla» [309].
5. Lealtad. Un caballero nunca puede empuñar las armas contra su señor natural ni contra un rey. Por el contrario, debe acudir en su auxilio en caso de necesitarlo y ofrecerle consejo. De igual forma, un escudero no puede combatir contra un caballero, tal como lo enuncia Gariete en el *Baladro* [308].
6. La compañía de la Tabla Redonda. Como una extensión de la virtud de la lealtad, los cofrades de la célebre orden nunca pueden combatir entre sí; nunca puede tomarse venganza de forma personal, sino que debe reclamarse justicia al rey y a su consejo.
7. La identidad en el combate. Si los caballeros no se reconocen por las armas que portan, los justadores no son culpables por combatir, aun ligándolos lazos de vasallaje o perteneciendo ambos a la Tabla Redonda. Para evitar el combate fratricida *inter pares*, es cortés solicitar que se desvele la identidad, revelar la propia ante el requerimiento y que el combate se detenga antes de pelear a ultranza. Resulta común que se combata primero y en un receso, ante la bondad de armas de los dos contendientes, reparen en que son cofrades y detengan el combate, dándose por vencidos<sup>36</sup>.

---

<sup>36</sup> Esta apelación a la cortesía para desvelar la identidad del adversario es uno de los más recurrentes en todos los textos artúricos, por ejemplo, en dos de los tres casos del *Lanzarote*: Iván, tras combatir con Boores el Desheredado por el sabueso de un enano, le pide por cortesía

- También es posible que sea un tercero quien interceda y solicite que la identidad de los combatientes se descubra<sup>37</sup>. Los caballeros jóvenes no poseen armas distintivas y explícitamente desean alcanzar su identidad combatiendo; sin embargo, los *seniores*, cambian sus armas y muchas veces prefieren arderamente no revelar su identidad para poder combatir contra otros compañeros<sup>38</sup>. La confusión u ocultación de las armas y la venganza entre linajes es el motor más poderoso de las líneas de acción de la caballería terrena, que se revela absurda y estéril.
8. Luchar para defender la vida, incluso contra compañeros, exculpa del pecado de deslealtad, como se encarga de explicar el mismo Galaz: «—Pésame mucho —dixo Galaz— porque avremos a pelear con ellos, mas no ay culpa puesta a ninguno que defiende su cuerpo, e yo defenderé el mío a todo mi poder» [216].
  9. No puede obligarse a combatir a un caballero herido. Debe fijarse un plazo prudencial para que restañe sus heridas. Cuarenta días exige Galván a Éstor para que curar sus heridas y [269], en cambio, solo le concede veinte a Palomades [333]. Vencer a un herido no proporciona prez, sino deshonor al caballero sano que lo acomete. Como el resto de normas, sirve de crisol para contrastar caballeros y graduar su bondad: mientras Galván no respeta la regla, Galaz permite a Palomades sanar de sus llagas<sup>39</sup>.
  10. Un caballero puede otorgarse por vencido en una batalla y el otro caballero ha de cesar el combate y no meter mano en él. Matarlo una vez derribado y herido es una de las mayores villanías, como

---

que revele su nombre [268]; el hijo del duque de Recendo al llegar a la corte ruega a Lanzarote que le diga su nombre [291]. De igual forma, se aprecia en el *Tristán*, por ejemplo, en episodios como cuando *Tristán* y *Quedín* encuentran a *Brangel*, que viene embozada y *Tristán* le ruega por cortesía que descubra la cara [42]; cuando Lanzarote ruega por cortesía que *Tristán* revele su nombre tras un primer cruce de lanzas que queda en tablas [57].

<sup>37</sup> No se encuentra en la *Demanda* castellana (véase punto 12) y en el *Tristán* [60], cuando este intermedia en el combate entre Palomades y el Caballero sin Pavor; por cortesía le ruega que detengan el combate y que este revele su nombre, como fórmula para detener el combate; o en el capítulo [67], donde *Brandelis* intermedia en el combate entre Palomades y por cortesía le ruega que detengan el combate para que no llegue a morir uno de ellos.

<sup>38</sup> La *Demanda* ofrece un ejemplo explícito en el capítulo [121]:

«—Ay, señor, merced —dixo Galván—, e si lo supiera no lo fiziera; mas fizlo por desconocencia, e por ende no me deveades poner culpa.

—No dezides aí bien —dixo el rey—, ni vos escudades como devíades. Ante fezistes como desleal e como perjurado, ca vós lo matastes a sabiendas, e sabiendo quién era».

<sup>39</sup> Encontramos numerosos ejemplos en la *Demanda*, como en los capítulos [328] o [332]. En el [269] es el propio Galván quien recurre a la norma ante la insistencia de Éstor por combatir y fija un plazo para sanar: «aunque yo quisiesse esta batalla, no la devía él querer, ca ninguna honra no le cabe aí, ca él es sano e yo soy llagado. Mas yo le diré qué podrá aí fazer a mayor su honra, que me dexé agora e répteme en casa del rey Artur, do ha muchos buenos hombres, e yo allí me le defendere [...] E vós tampoco no me podeades tanto acuitar en este pleito, ca yo debo aver plazo de cuarenta días, y estonces puede ser la batalla donde quier que me fallades, si quier armado, si quiera desarmado. Y si yo a vós non fuere, podeades me acometer, e assí podeades fazer porque no os ayan en qué travar, e tal es la costumbre de los cavalleros del reino de Londres» [269].

bien reflexiona Samaliel ante Gariete descabalgado [312]. Como se enuncia en el punto 7, resulta cortés otorgarse por vencido al descubrir que el adversario es un compañero, lo que dará fin al combate, pero también, no siéndolo, a reconocer su valía.

11. La promesa dada. Como prueba de largueza y valor, un caballero debe mantener siempre su palabra de honor, incluso aunque lo perjudique. Algunos caballeros, en la vergüenza de haber caído en combate, prometen vengarse o matar a quien los ha derribado, comprometiéndose en una persecución obstinada y deshonrosa. Una variación esencial es el motivo del «don contraignant»<sup>40</sup> o don en blanco<sup>41</sup>, que lleva al extremo la promesa al comprometer al caballero, que desconoce previamente la petición, a una acción inesperada. En ocasiones, la acción comprometida a ciegas es contraria a los intereses del caballero<sup>42</sup> o se emplea para identificar a quien desea pasar anónimamente. Llevado al límite, el don en blanco conduce a consecuencias deshonorosas. En la *Demanda*, el motivo actúa de mecanismo de contraste entre Galaz y Erec. Mientras este lleva su voto inflexiblemente hasta la sinrazón de ejecutar a su propia hermana inocente [137-142], el caballero santo rechaza el don insensato que le exige un caballero de cortarle la cabeza.

En otras ocasiones, la cortesía se encuentra incluso por encima del seguimiento de las normas enunciadas. Si Galaz, caballero celestial, combate con piedad y humildad, sin tomar al pie de la letra las normas del reino, las acciones de Gariete, hermano y contraejemplo terreno de Galván, muestran cómo el linaje no es determinante para asegurar la valía personal y la honra familiar: la inclinación natural puede hacer de un individuo un brillante caballero o convertirlo en un «falso desleal». Así, Gariete, pudiendo atacar de consuno con Galván a Melián por llevar dos espadas, prefiere renunciar a la norma en favor del caballero que la desconoce, lo que revela su enorme cortesía y honradez:

—Agora veo lo que gran tiempo ha que no vi. ¿Vedes aquel cavallero que trae dos espadas? No creo que es de los más cobardes del mundo, e yo creo que si él no fuesse mejor que otro, no acometería tal cosa de traer dos espadas. E agora vayamos a él así como el nuestro fuero manda, ca nós somos dos, e no nos puede reusar batalla pues trae dos espadas según la costumbre de aquí.

<sup>40</sup> Jean Frappier, «Le motif du don contraignant dans la littérature du Moyen Âge», en *Amour courtois et Table Ronde*, Ginebra, Droz, 1972, pp. 225-264.

<sup>41</sup> El motivo aparece en 34 ocasiones en el *Amadis*. Véase Fernando Carmona, «Largueza y Don en blanco en el *Amadis de Gaula*», en Juan Paredes (ed.), *Medioevo y literatura: actas del V Congreso de la AHLM*, Granada, Universidad de Granada, 1995, vol. 1, pp. 507-522.

<sup>42</sup> Por ejemplo, en el *Tristán* [4], una doncella pide como don que un caballero le dé su espada y, a continuación, con ella le corta la cabeza.

—No plega a Dios —dixo Gariete— que en ayuda de otro lo acometa yo, pues él es solo. E si él fizo su comienço alto mucho, yo no lo devo culpar, mas si gran comienço fizo, alguno gelo consejó. Mas si vós avedes voluntad de justar con él, id a él, e si vos derribare, yo vos vengaré ende a mi poder [312].

Como en otros casos de modificaciones entre las versiones castellana y portuguesa de la *Demanda*, los pasajes suprimidos alteran ideológica y literariamente sus contenidos. Un buen ejemplo en este sentido es el episodio que narra el combate de Tristam con Paramades en el texto portugués (fols. 125a-c): cuando llega Blioberis, este detiene el combate amparándose en la cortesía y apelando a una regla del reino de Londres que no hallamos en el texto castellano:

12. Un caballero puede preguntar la identidad (“per sua fazenda”) de dos caballeros que combaten por saña o mal talante, con el fin de detener el combate.

Tristam no desea dar a conocer su identidad, ya que, conocedor de la norma, podría detenerse el combate si resulta que el enemigo es un compañero de la Tabla Redonda. Por su parte, Paramades, que tiene miedo a combatir contra uno de los caballeros del reino de mayor renombre, al conocer que su adversario es Tristam, se da por vencido de inmediato, invocando la norma h. para salvar la vida. La cortesía, base normativa en el combate singular, obliga a Tristam a detenerse a su pesar y a esperar otra ocasión para llevar a cabo su venganza. La supresión en la versión castellana de este episodio —que muestra a un Tristam colérico y descortés, y a un Paramades temeroso y falso—, permite alcanzar varios resultados: mantener la estima extraordinaria de ambos como flor de la caballería —Tristán es el tercer caballero terrenal tras Lanzarote [36] y Palomades el cuarto espiritual tras Boores [358]—; suprimir los requiebros amorosos; y eliminar la imagen de Paramades como caballero sentimental, reforzando su obstinada búsqueda de la Bestia, que lo equipará al propio Galaz.

### 3. EL JUICIO DE LA CORTE Y EL CONSEJO AL SEÑOR

Conforme se desarrollan las acciones que atentan contra la normativa cortés, la sensación de violencia y absurdo se intensifica, con un Galván como paradigma bien distinto del caballero solar, ejemplo de cortesía, de los *romans* franceses. La conversión de Galván, el caballero terrenal por excelencia, en el más traidor y descortés de los caballeros —en contraposición con Galaz— es un claro exponente de la transformación de los contenidos en la Post-Vulgata<sup>43</sup>: mata a

<sup>43</sup> Los estudios que no tienen en consideración el conjunto pierden de vista el complejo entramado de contenidos ideológicos de la literatura artúrica y simplifican la evolución de los

sus compañeros sin respetar las normas cortesas, tal y como se había anunciado al comienzo de la *Demanda*.

Las muertes y vulneraciones del código exigen venganza: los caballeros reclaman tomar la justicia por su propia mano contra los asesinos<sup>44</sup>. En ocasiones, el perdón de la vida del ofensor trasciende la cortesía, que prohíbe tocar a un rey, para dejar en manos de Dios la justicia, como sucede en el episodio en que Galaz perdona la vida al rey Mares a pesar de que envenenó alevosamente a Bren el Negro:

Maguer yo no vos mataré, ni vos dexaré por duelo ni por amor de vós, mas déxovos por amor de Nuestro Señor Jesucristo, que de este peligro e de otros muchos me ha guardado a su merced. Mas maguer que yo vos dexé agora, no se olvidará esta traición a Nuestro Señor Dios, antes vos dará el galardón como ha aquel que haze traición [...] e agora vos id por do quisierdes con vuestros hombres, que yo no quiero mirar a vuestra deslealtad. E demás que yo no devo meter mano en rey, fueras para defender mi cuerpo o a mi señor natural, ca aunque tú eres desleal, no queda por esto que no seas rey [258].

Sin embargo, otros caballeros se mantienen dentro del ordenamiento y apelan al juicio de la corte para dirimir muertes y conflictos de derecho. Es el caso señero de Lanzarote, que pretende defenderse en Camaloc y exonerar su culpa en un enfrentamiento mediante argumentos:

Mas dezilde que avré honra e por su amor defenderé la falsa apostura que me opusieron en el juizio de su corte si le pluguiere. E si vos dixere que esta guerra començó por la muerte de sus sobrinos, dezilde que de aquella muerte no só yo tan culpado porque él me deviese tan mortalmente desamar y que no uve culpa de su muerte [406].

Un ejemplo extremo es el caso de Erec, que acude cadáver a Camaloc, portado en parihuela por sus compañeros, para acusar a Galván y reclamar el derecho juicio de la Tabla Redonda sobre su muerte, llevada a cabo traicioneramente: «—Señores, él no pudo venir bivo para se vos querellar e hizose traer muerto para se vos quejar. E agora fazed lo que devedes fazer a fijo de rey que aleve fue muerto» [183]. Galván ha violado la norma 6), que implica que dos caballeros

---

caracteres. Para Steiner, por ejemplo, Galván es simplemente «un asesino a sangre fría», sin otros matices. Roger J. Steiner, «La técnica narrativa de ‘entrelazamiento’ en *La demanda del sancto Grial*», *Revista de Literatura*, 38/75-76 (1970), p. 143.

<sup>44</sup> Así sucede, por ejemplo, en dos episodios que atañen a Galván: «vós matastes a aleve e traición a Erec, fijo del rey Lac, el más leal cavallero del mundo e que yo más amava, e por vuestro mal lo matastes a traición, que yo vos mataré a gran derecho» [269]. «—Ay don Galván, vós lo deviades bien vengar, que este es Dalides, uno de los preciados cavalleros del mundo.» [71].

de la Tabla Redonda no pueden combatir entre sí, ya que el rey y su Consejo son el único árbitro para las desavenencias entre iguales.

Pero el papel de la nobleza como consejera en la corte no se restringe a dirimir conflictos particulares entre caballeros, según el privilegio estamental. Los ricoshombres del rey se reúnen en Consejo a su alrededor y lo orientan conforme a derecho en las grandes decisiones. La corte las adopta conjuntamente y llega donde el soberano no puede hacerlo de forma individual. Sus componentes son los feudatarios, que poseen una *tenure* del rey<sup>45</sup>:

E vós que tenéis toda tierra de mí, e sodes mis vassallos y me avéis hecho omenaje e juramento, por esto os ruego e por el derecho que avéis de fazer que vós me consejéis como vassallos deven aconsejar a señor, en guisa que mi desonra sea vengada y que vós ayades honra en vengar o en quebrantarla e en confundir aquellos que esta sobervia me fizieron [410].

Lo aconsejan, como hacen el rey Carides o el rey Hion, en las situaciones de peligro para el reino aventuroso, así como en las decisiones estratégicas militares previas a la entrada en batalla. Cuando el rey Artur se ve cercado por los sajones, Didonax de Carloc aconseja que llame a rebato a sus feudatarios, aquellos sobre los que tiene derecho natural [234], lo que provoca que Galaz y otros como Carides acudan sin dudarle con su hueste en socorro de su señor. En otro ejemplo, Carides rectifica en Consejo una decisión del rey, pidiendo que envíe orden a los puertos de no dejar pasar a Lanzarote en su huida [404]. Los nobles toman decisiones por derecho, incluidas aquellas que afectan al honor del propio rey, y por tanto del linaje en su conjunto, como sucede en el caso del adulterio de Ginebra<sup>46</sup>. La actuación del rey se ve constreñida de este modo al Consejo de sus nobles, hasta el punto de que sus sobrinos Agravaín y Morderec imponen la pena de la hoguera para la reina [397-399], desencadenando la guerra indeseada y destructiva con el linaje de Ban. En ocasiones, algunas facciones –como en este caso Galván por miedo a la reacción de Lanzarote–, se muestran contrarias a la mayoría del Consejo, pero son incapaces de imponer su criterio. La necesidad de consejo del señor, se extiende también hacia abajo: por ejemplo, el propio Galaz [244] se aconseja con sus compañeros previamente a entrar en el combate contra los sajones y el rey Mares de Cornualla.

<sup>45</sup> Los servicios a cambio de tierra son imprecisos, pero suelen estructurarse en tres tipos a partir de la duración y medios empleados: servicio de guarnición, cabalgada, servicio de hueste. Todos ellos son apreciables en diferentes grados en el conjunto de la literatura artúrica. Véase Jean Flori, *Caballeros y caballería en la Edad Media*, Barcelona, Paidós, 1998, pp. 11-115.

<sup>46</sup> «El rey uvo atán gran pesar deste fecho que allegó toda su corte, que le juzgassen por derecho juizio si merecia muerte su fijo» [367]; «mandó el rey a Morderec e a [A]gravaín que dixesen de qué muerte devía morir la reina por derecho juicio» [399].

## 4. FINAL: LA «COSTUMBRE DE LA GRAN BRETAÑA»

Es posible, como quería Curtius, que el *ethos* caballeresco no llegara a constituir en la realidad histórica un verdadero sistema de virtudes, pero en cuanto a la caballería artúrica debemos afirmar que los grandes ciclos en prosa desarrollaron una codificación idealizada a partir de las bases sentadas en los *romans* de Chrétien. Cabe recordar que ya el principal consejo de Gornemans a Perceval consistía en mantener la orden de caballería sin villanía<sup>47</sup>, lo que se traduce en defender a los débiles y no matar deliberadamente a un caballero que solicita favor, es decir, en emplear una violencia legítima y orientada al mantenimiento del orden, sabiendo refrenarse en el uso de las armas. Como muestran las páginas precedentes, las normas de la cortesía funcionan como un demarcador de la interacción social, permitiendo una regulación que, incluso en los momentos de mayor enardecimiento del combate, garantiza que prevalezca en lo posible el espíritu deportivo y el afán de proeza por encima de la violencia y del deseo de venganza. Una actitud que el *Amadís* (lib. III) denomina la «costumbre de la Gran Bretaña» y la *Demanda* y el *Baladro* la «costumbre de los cavalleros del reino de Londres» [259].

Existen otras dimensiones de la cortesía. La «costumbre» va más allá de la regulación de la violencia y atañe a otras dimensiones de la cortesía, como el consejo, los ritos de armar caballero –el «adoubement», espaldarazo incluido– y de incorporación a la orden de la Tabla Redonda, como se enuncian y ejemplifican en el *Baladro* castellano [37]. Por cuestiones de espacio, hemos dejado aparte la cortesía observable en las escenas de interacción entre caballeros y doncellas, regulada por los usos del reino mediante una sublimación de las tensiones. El adulterio o la violación se convierten en transgresiones del sistema y en otros motores narrativos<sup>48</sup>, al desatar el conflicto entre linajes, aunque se trata de una dimensión limitada en los textos castellanos. Sin embargo, la codificación alcanza su expresión más visible y articulada en las relaciones entre caballeros y entre señor y vasallo. Las innumerables justas y aventuras guerreras novelescas que se entrelazan en los textos constituyen el espacio imprescindible para mostrar esta codificación ofreciendo todo tipo de transgresiones de sus límites. La acumulación de escenas de violencia proporciona un *exemplarium* de ocasiones y modelos, positivos y negativos; una verdadera ideología de la espada. La ambición y orgullosa desmesura de los caballeros fomentan el desorden y crean una espiral destructiva de venganzas debido a la vulneración de estas normas de la cortesía,

<sup>47</sup> Chrétien de Troyes, *op. cit.*, vv. 1595-1596. No se trata de una verdadera *ius in bello*, concepto muy reciente, sino de una regulación individual de la violencia para orientarla hacia aplicaciones que la legitimen.

<sup>48</sup> Véase José Ramón Trujillo, «Mujer y violencia en los libros de caballerías», *Edad de Oro*, 26 (2007), pp. 249-313.

lo que conduce a la perdición personal y al ocaso colectivo de la caballería artúrica. Cuando el código del trato social se resquebraja, la vanidad, la jactancia y la envidia adquieren un lugar predominante, desvirtuando la función y la búsqueda del caballero, y alejando a este al tiempo de la excelencia cortesana y de la gracia divina. Tanto en la *Queste* y la *Mort Artu* como en la *Demanda*, la confusión de honor con orgullo pinta el fresco de un mundo de violencia injustificada, en el que la caballería terrena no respeta el perdón y en el que la venganza desencadena nuevas violencias y desórdenes, hasta conducir al crepúsculo de la caballería.

Además de servir de entretenimiento, la literatura artúrica funciona como vehículo y refuerzo de contenidos ideológicos y religiosos, y deviene en instrumento de instrucción moral de la nobleza, primero en Francia y más tarde en la península ibérica y otras regiones europeas. Los modelos idealizados se habrían extendido tempranamente desde la literatura a la realidad<sup>49</sup>. En la *Histoire de Guillaume le Maréchal*, se presenta la vida del Mariscal como ejemplo de excelencia guerrera y de comportamiento, en un momento en que la destrucción y violencia se hallaban plenamente extendidas. La proyección de un conjunto de valores caballerescos anticuados –que no obsoletos– subsistió en los impresos quinientistas y en la influencia sobre el *Amadís* y los libros de caballerías. Como ha estudiado Keen, la profunda influencia de la cortesía entendida como ética seglar y marco regulador ha perdurado prácticamente hasta nuestros días<sup>50</sup>. Desde un punto de vista narratológico, la violencia de los encuentros en busca de renombre o de venganza provoca nuevas líneas de acción, mientras que la cortesía codificada limita la violencia mediante el desarrollo de un espíritu deportivo cortés y de límites regulados y premiados. En muchas páginas de los textos artúricos castellanos predomina la acción militar por encima de otros temas, lo que subraya la concatenación de hechos de armas y las cualidades marciales necesarias para alcanzar la virtud caballerisca. Los espacios de la cortesía se centran pues –dejando aparte la interacción cortés dentro del estatuto del amor– en regular la acción militar y en el papel del linaje como limitador y orientador del poder señorial.

Recibido: 05/09/2016

Aceptado: 28/05/2017

---

<sup>49</sup> «Hacia 1200 ya había surgido un consenso acerca de lo que constituía el comportamiento caballeresco, pudiendo verse con claridad en la *Vida de William Marshal*, escrita en los últimos años de la década de 1220». Norman Houley, «La guerra en Europa. 1200 a 1320», en Keen (ed.), *Historia de la guerra en la Edad Media*, 2005, pp. 174-177. En esa obra, se da como histórica, entre otras acciones, la expulsión de la caballería del caballero que cortó en combate la cabeza a Haroldo.

<sup>50</sup> Keen, *op. cit.*, pp. 326-333. Para el contraste entre la pervivencia cultural en el ámbito anglosajón e hispánico, véase Ángel Gómez Moreno, «Cultura occidental y materia artúrica», *eHumanista*, 16 (2010), pp. xciv-cv.



## ÉTICA CABALLERESCA Y CORTESÍA EN LAS TRADUCCIONES ARTÚRICAS

RESUMEN: Además de entretenimiento, la materia artúrica hispánica es un vehículo de contenidos ideológicos y religiosos, y un instrumento privilegiado de instrucción moral de la nobleza. Este trabajo define y analiza algunas dimensiones relevantes de la ética caballeresca que propone el ciclo en prosa como modelo cortesano, centrando la atención en dos escenarios preferentes de la cortesía –el combate y el consejo del soberano– como reguladora de la acción militar y del poder real. Desde el punto de vista narratológico, la cortesía en el combate define la nobleza y valor de los personajes, y provoca nuevas líneas de acción. Un espíritu deportivo cortés y unas normas codificadas restringen la violencia empleada en el afán de proeza. El consejo muestra el derecho de los ricoshombres de la corte a ofrecer orientación al rey, avalados por los lazos del linaje y del vasallaje, lo que supone una restricción efectiva del poder soberano en los asuntos que afectan al reino.

PALABRAS CLAVE: Literatura artúrica, Santo Grial, Cortesía, Ética, Motivos caballerescos, Torneo.

## CHIVALROUS ETHICS AND SPACES OF COURTESY IN THE ARTHURIAN CYCLE TRASLATIONS

ABSTRACT: Besides entertainment, the Hispanic Arthurian literature is a vehicle of ideological and religious contents, and a privileged instrument of moral instruction of the nobility. This work defines and analyzes some relevant dimensions of the chivalrous ethics in the cycle in prose as a model of Courtesy, centring the attention on two preferential scenes –the combat, and the council of the sovereign– focused on regulating the military action and the king’s power. From the point of narratologic view, the Courtesy in the combat defines the nobility and the value of the characters, and causes new lines of action. The desire of prowess is limited by the sportsmanship and a few of regulated limits. The Council shows the right of the nobles of the king’s household to provide guidance to the king, supported by the lineage links and of the vassalage, which means an effective restriction of the sovereign power in the kingdom matters.

KEYWORDS: Arthurian Literature, Holy Grail, Courtesy, Ethics, Motifs of Chivalry, Tournament.